



SE PUBLICA
UN CUADERNO SEMANAL.

PRECIO, UN REAL
al recibir el número.

AÑO II.

COLABORADORES.

CASTELLAR, BÁRCIA, ORENSE, PI Y MANGAL, FIGUERAS, SUÑER, GARRIDO, ROBERT, SANCHEZ PERIS, JOARDIT, CALA, CORDOVA, SANCHEZ REBO, FERRER, ALTAÑIL, ZAPATA, YRBERNA, ESTEBANZ, SOLER, MERCADO, LOZANO, BASTRE, ANER, VALDES, FLORES, LAPUENTE, MINGUET, SIERRA, GOLL, PIRRO, ALMIDALL, RUBIO, LONJAL, CLAVÉ, RINFA, CARRION, ETC.

DIRECTOR,

Enrique Rodríguez Solís.

MADRID 23 DE FEBRERO DE 1972.

EDITORES

J. CASTRO Y COMPAÑIA.

ADMINISTRACION:
Plaza de la Cebada, 11, Madrid.

NÚM. 7.º

SUMARIO.

TEXTO.—El rey de los radicales, por E. Rodríguez Solís.—Apuntes sobre la revolución de los Estados Unidos, por Luis Anér.—La Revolución, por Francisco Rebollo y Puras.—La mendiga, por Matilde Chener.—Gibraltar, por Ernesto García Ladreros.—Una bromita de Carnaval, por Arturo Guardiola.—Leyendas populares, por Vicente Jorge.—Acueducto de Mérida.—La cantata republicana (novela).—Revista general, por E. Rodríguez Solís.

GRABADOS.—El Peñon de Gibraltar.—Francisco Cuello.—Acueducto de Mérida.

EL REY DE LOS RADICALES.

La situación política y social de nuestra patria aparece cada día más triste y amenazadora.

Falscada por los mal llamados revolucionarios una revolución tan espontánea como grande; convertido aquel movimiento levantado y glorioso en un pronunciamiento indigno; derrocado un trono que nos deshonraba para sustituirlo con otro que nos aniquila y empobrece; elevados a grandes personajes hombres desconocidos, nulidades políticas y generales de salón; desoidas las quejas populares; colocada la soberanía de un extranjero por cima de la soberanía nacional; exhausto el Tesoro; trocadas las elecciones en un pugilato de fuerza; escarnecidas y olvidadas las promesas revolucionarias; sacadas las quintas; impuestas las matrículas de mar; repuestos los consumos; cobradas a tiros las con-

tribuciones; plagados de bandidos los campos, las ciudades y los salones; desoido el clamor popular; trasladados y repuestos por un solo ministro trescientos magistrados; disueltas las diputaciones; encausados los ayuntamientos; desarmadas las Milicias; amordazada la prensa; negado el derecho de asociación; sin orden, sin moralidad, sin política, sin administración, sin ley, sin libertad y sin derechos, el pueblo español, acosado y escarnecido, amenazado en su porvenir y en su honra, perdida su libertad y muertas sus esperanzas, se apresta a una lucha en mal hora provocada por estos políticos insensatos, verdadera escoria de los partidos, mercaderes de la honra y el porvenir de sus conciudadanos.

¡Y todo por qué! Porque un partido, que por mofa sin duda se atreve a apellidarse *radical*, se empeñó, contra la voluntad, la conciencia y los deseos del país, en imponernos una monarquía, en elevar el sólo que derrocará la indignación popular harto contenida para sentar en él a un extranjero, rodeándole de los atributos esenciales del veto, de la irresponsabilidad y de la herencia.

Y ese rey, que podríamos llamar *el rey de los radicales*, arroja de su palacio a los que no dudaron en contrariar la voluntad y la conciencia de sus conciudadanos implantando una nueva monarquía sobre las ruinas de la antigua, partiendo a buscarle a tierra extraña, colmándole de honores y agasajos, y no vacilando, ¡hor-

mente nos rige, único terreno donde se considerarán obligados los fogosos paladines de este gobierno. En otra esfera ya se comprende que habríamos de combatir algo más que la personalidad política del Sr. Sagasta. Para cuando llegué ese *algo* más, por consiguiente que

será el complemento de estos artículos, aun cuando hayamos invertido el método, nos reservamos la exposición de nuestras doctrinas sobre el origen y legitimidad de los poderes en general, cuyo severo análisis, en relación á nuestro estado político social de hoy, constituye



EL PEÑON DE GIBRALTAR.

con estos transitorios accidentes que vamos examinando ahora, la exhibición sintética, si nos es permitida la frase, de las causas que justifican la revolución.

Entendemos por legitimidad política en el mencionado terreno la conformidad perfecta, total y condicionada

en su origen y determinaciones reales de la esencia integrada del poder con la forma integrante de su vida: más claro, supuesto que para el pueblo escribimos y del pueblo muy especialmente queremos en todo caso hacernos entender: legitimidad política para el actual pro-

pósito no significa otra cosa que la posesion del poder adquirida por medios lícitos, es decir, por medios jurídicos, por medios constitucionales, por medios políticamente justificados, por medios, en una palabra, que envuelvan un propósito más levantado que el poseer el poder por el solo hecho de poseerle.

Ni el primer ministerio Sagasta, que, por explícita declaración de sus más ardientes y apasionados sostenedores, ha venido á representar todo lo más una política embrionaria y de confusiones, ni el que en segunda edición, si se nos permite la frase, y corregido y aumentado por los unionistas sus inocentes y desinteresados inspiradores se nos exhibe hoy con el nombre caprichoso de liberal conservador, posee tales medios de legitimidad. ¿Qué era el Sr. Sagasta cuando tuvo la desgracia, que tal la considera hoy sin duda alguna, de ser llamado por el mismo para formar gabinete? ¿Progresista? ¿Conservador? ¿Progresista histórico? ¿Progresista conservador? Creemos sincera é imparcialmente, y con nosotros todos los hombres de buena fé, que no era nada, absolutamente nada. Si hubiésemos de juzgarle con toda la compasiva piedad que suministra un criterio formado en el sentimiento, diríamos que era un desgraciado, que olvidándose por un momento de la severa é incorruptible serenidad de los hombres públicos, habiase dejado arrastrar desesperadamente por el abismo insostenible de las insensatas pasiones y ya no encontraba sonda que profundizara á tal extension.

Porque á la verdad, después de los trascendentales errores que presidieron á la formacion de todos los poderes, cuando la soberania popular, la bien entendida, se encontraba en su periodo capital, originario constituyente dentro de los primeros dias de esta revolucion irrevolucionada, como puede llamarse en gráfica expresion al movimiento de Setiembre, y abstraccion hecha tambien del inicio é inconcebible despojo de las ideas que trataron de llevar á efecto en esos mismos dias dos partidos coaligados para explotar beneficiosamente lo que con toda su fuerza material no hubieran sido nunca capaces de crear; y no teniendo en cuenta, finalmente, que las revoluciones en su unidad indivisa, que es la unidad de la idea, no pueden, no han podido nunca, no podrán jamás ser fiel y genuinamente desarrolladas, citando se trata de violentarlas en tan confusa y tumultuariamente desordenada heterogeneidad de opiniones como representaban los partidos políticos que entraron en composicion; prescindiendo, repetimos, de todo esto, que por sí solo arguye ya vicios insubsanables de ilegitimidad en todo el sistema de hoy: ¿ha podido ocultarse al ménos avisado que el ministerio Sagasta, anatematizado por dos veces por la gran mayoría del Parlamento, ó mejor y más claro, por una general protesta de la conciencia pública indignada, que es lo que aquel debe representar y representa; el ministerio Sagasta, aconsejando imprudentemente á la corona una disolucion cuya conveniencia se han esforzado inútilmente en sostener hasta los mismos periódicos ministeriales; el ministerio Sagasta, que diciéndose representar una política convergente y de atraccion donde lo mismo pueden entrar el unionista y hasta entonces no bien definido dinásticamente Sr. Topete, como el radical Ruiz Zorrilla, uno de los primeros invi-

tados, comienza en su patriótica concentracion por descomponer de una manera que casi pudiéramos llamar feroz las bien ó mal formadas fuerzas de cohesion que antes tuvieran todos los partidos, para concluir elaborando uno que ha tenido que formarse en siete horas; el ministerio Sagasta, por último, que no teniendo otra áncora salvadora, apela en su inevitable naufragio á las históricas tradiciones del partido progresista, condenando las descabelladas locuras del radical, y excita á otro partido que tiene sus tiendas más á retaguardia para que avancen lo que él no ha permitido avanzar á sus amigos de siempre, ¿tiene derecho á llamarse legítimo? Lo repetimos: forzosamente es un desdichado el Sr. Sagasta; de no ser así, habríamos de confesar que era un perverso, y semejante calificacion, si la merece, queremos encomendársela á la historia, que no tiene, como nosotros, la libertad de ser indulgente.

FRANCISCO REBOLLO PARRAS.

(Se continuará.)

LA MENDIGA.

No es afrenta pedir limosna, que la afrenta es negarle el socorro al pobre que le pide.

(Madrid de noche.)

Con el semblante marchito,
descoloridos los labios,
sin brillo los negros ojos
y el cabello desgreñado;
con el vestido de luto,
haraposo y deslustrado,
y en el frio pavimento
el pié desnudo apoyado,
se halla una pobre mendiga
á la puerta de un teatro.
Trémula, sostiene apenas
en sus escudillos brazos
una infeliz criatura
que con llanto intenso, amargo,
en su seno sin calor
busca el alimento en vano.
Es funcion muy ponderada,
y se agolpan al despacho
de billetes, mil personas
que se disputan el paso.
Gritan los revendedores
vendiendo á precio doblado
los asientos y butacas
que ellos al justo compraron.
Llegan lujosas carrozas,
y galoneados lacayos
hacen pronto el estribo
con el sombrero en la mano.
Y descienden mil bellezas
cubiertas de seda y raso,
de diamantes y de flores
que ornán su seno, sus brazos,
sus cabezas orgullosas,
que entre postizos y lazos,
sus cabezas orgullosas,
flotantes tirabuzones,
rizos y caprichos varios
se alzan, como altiva torre,
en un gótico palacio;
y atraviesan el dintel

de aroma un rastro dejando,
y mintiendo á los sentados
juventud, amor, encanto.
Calla y mira la mendiga
sin pensar, ni por acaso,
que ella es jóven, que ella es bella,
que el cabello emmarañado
que en sus ásperas greñas descende
es negro, es profuso, es largo;
que sus ojos españoles
fueron un día el encanto
de su marido, y hoy son
ciegos, su muerte llorando;
que no dió brillo á su tez
ni dió color á sus labios
la azucena y el benjuí,
ni morbidez á sus brazos,
ni redondez á su seno,
hoy marchito y estrujado.
¡Hoy seco para su hijo
que en él busca vida en vano!

Y ante la pobre mendiga,
ricos, nobles, van pasando,
filósofos humanistas
y celebrados filántropos
en tribunas y en diarios.
Nada la pobre les dice,
y ellos, si ven aquel cuadro
de tan supremo dolor,
de abandono tan amargo,
ó lo desprecian á olvidad.
¡Ay! es en el mundo harto
común el contraste horrible
de la miseria y el fausto,
y ya no nos hace mella;
y mientras el oro damos
por tres horas de placer,
ó de aburrimiento acaso,
con nosotros y con Dios
dejar cumplido juzgamos,
si con inhumano desden
misero ochavo alargamos
al pobre, cuyo lamento
ni atendemos ni escuchamos.

Sopla despiadado el cierzo
arrebatando á pedazos
los torres de armonía
que llenan todos los ámbitos
del salón, y que el arrojo
caprichoso en el espacio.
Solo el vestibulo queda,
y la mendiga, temblando
de dolor, de hambre y de frío,
en su puesto está, aguardando
á que algún ser adivine
su miseria y desamparo.
Y su desdichado hijo,
por el frío aletargado,
entre sus brazos dormita
ya de llorar fatigado.
La lluvia cae á torrentes,
zumba el viento despiadado
en las rejias y balcones
en quejido modulando.
Y la vacilante llama
del gas refleja en los charcos
que hace la abundante lluvia

á pesar del empedrado.
¡Y la mendiga en su puesto!
¡Y la mendiga aguardando!

Al salir de la función,
á algunos que preguntaron
al ver un grupo de gente
que hablaba cuchicheando,
les dijeron los del corro,
su pregunta contestando:
Es una pobre mendiga
que muerta hemos encontrado.
¡Muerta de hambre y de frío!
¡Y nos decimos hermanos!

MATILDE CHERNER.

Febrero de 1872

GIBRALTAR.

No hay más que abrir la historia por cualquiera de sus páginas para convencerse de que casi todos los males que han afligido á la nacion española, como á todos los demás pueblos, son [debidos á los reyes, á esos seres cuya historia, como dice Gregoire, forma el martirologio de los pueblos.

Casi todas las guerras sangrientas, casi todas las nacionalidades ahogadas se deben á los míticos ódios ó á las miserables ambiciones de esas víboras coronadas, por quienes tanto han padecido los pueblos. Nuestra gran península ibérica, por el habla de sus habitantes, por sus costumbres, por su configuración geográfica, por sus naturales límites, está llamada á ser una nacionalidad completa como lo era en algun tiempo. ¿Por qué hoy no lo es? Perdimos á Portugal por las torpezas de nuestros monarcas. Perdimos á Gibraltar á causa de sus discordias y de sus herencias.

El testamento del imbécil Carlos II, último rey de la casa de Austria, que en mal hora viniera á humillarnos, dejaba la corona de España al duque de Anjou, nieto de Luis XIV. Con esta herencia, Francia adquiría una importancia grandísima, que empezó á poner en cuidado á la recelosa Inglaterra, cuya nacion influyó por cuantos medios tuvo á su alcance, para avivar las pretensiones de la casa de los Ausburgos, que se creían con cierto derecho á regirnos y explotarnos, á causa del parentesco que les unía con el rey difunto.

Empezaron á funcionar los misteriosos resortes de la diplomacia, que logró con sus maquinaciones nebulosas y con sus raquíticas intrigas, que Inglaterra, Austria, Dinamarca y algun otro Estado firmaran una alianza ofensiva y defensiva, que tenia por base principal impedir que las coronas de Francia y España se reunieran en una misma persona; estorbar que se realizara la pretension que tenia Francia de ocupar una parte de las Indias occidentales españolas, y asegurar á los Ausburgos el legítimo derecho con que se creían á heredar el vacante trozo. Los aliados, para asegurar su triunfo, no perdonaban medio y parecían tomar la cuestion con empeño grandísimo, pues fueron poco á poco ganándose á los príncipes alemanes, y obtuvieron de la Dieta de Ra-

tisbona una declaración de guerra contra Luis XIV y Felipe V.

Entonces empezó la guerra de *Sucesion*, que nos costó tanta sangre. Cataluña, Aragón y Valencia se decidieron por el archiduque Carlos; otras provincias se preparaban a luchar en favor del de Anjou; la más deplorable confusión se apoderó de nuestro país; batíanse hermanos contra hermanos, que eso es lo que logran los pueblos cuando luchan por tal ó cual candidato para sus tronos; devorarse en intestinas discordias y olvidarse de su independencia y de su prosperidad. Felipe V derrotó en Brihuega y en Villaviciosa á los ingleses, mandados por los generales Estauhope y Staremberg, y Berwick venció á los austríacos en Almansa. Más tarde los barceloneses demostraban su ódio á los Borbones batiéndose con heroísmo contra Felipe, reconocido ya como rey de España por el tratado de Utrecht.

Durante esta guerra perdimos á Gibraltar, la llave del Mediterráneo; pero ¡oh vergüenza...! no la perdimos combatiendo, cayendo abrasada como Numancia y Sagunto, pereciendo de hambre sus acosados defensores como Zaragoza y Gerona, no, nada de eso; la perdimos por la imprevisión de los que regían los destinos del país, á quienes les importaba poco la integridad de nuestro territorio, puesto que aceptaron un tratado de paz por el cual no era Gibraltar devuelta á España.

Y no se nos diga que el príncipe francés hizo cuanto pudo por restituírnos dicha plaza; ¡vana disculpa! Nunca debió firmar la paz con pérdida de una parte de nuestro territorio, pues á primera vista resalta que Gibraltar fué el precio con que pagaron los Borbones la corona que habían adquirido. ¡Raza maldita, que en hora funesta se acordó del nombre de nuestra patria, para hacernos perder á su elevación la primera de nuestras plazas fuertes, villanamente abandonada, y para colocarnos á su caída vergonzosa en el número de las naciones más pobres y más despreciadas del mundo!

El recuerdo de Gibraltar es la eterna condenación de esos gobiernos que á trueque de sostener una dinastía no titubean en labrar la deshonra y la ruina de la patria. ¿Qué les importa á ellos que una legión de héroes sucumba, qué les importa que se eclipse el sol de nuestra gloria? Absolutamente nada. Sálvense los que pueden llenarles de honores y riquezas, y lo demás, ¿qué significa? Esa fué la política de aquellos hombres, á quienes algunos historiadores españoles (se enrojece el rostro!) han colmado de alabanzas. Era preciso que el de Anjou fuese cuanto antes rey, y Gibraltar quedó en las garras de ave de rapía.

Hallábase la plaza sin medio alguno de defensa. Su guarnición apenas se componía de cien hombres, sin artillería y sin municiones, y sin preparativo alguno para rechazar ni aun sostener un ataque sério. El gobernador de la fortaleza, que había estado sin cesar recordando al gobierno la necesidad de armar aquella plaza, por ser grande el peligro que corría, y que en persona se había trasladado á la corte, fué desoído por esta; que en las cortes que rodean á los reyes jamás ha sido atendida la voz de la verdad, y si solo la de la adulación y la de la mentira.

Sucedió en efecto lo que su celoso gobernador temía.

La escuadra inglesa, mandada por Sir Jorge Rooke,

que molestaba sin tregua nuestras costas meridionales, conduciendo á su bordo al príncipe de Darmstadt con unos cuatro mil hombres de desembarco, se presentó ante Gibraltar. El gobernador decidió defenderse; pero enterados los ingleses de la triste posición en que la guarnición de la fortaleza se encontraba, creyeron más oportuno, en vez de atacar, privar á la plaza de toda comunicación. Sin embargo, por tierra, aun podían sus defensores comunicarse con el resto de la Península, y eso les animaba á sostenerse esperando refuerzos. Conocido esto por los ingleses deshicieron sin gran trabajo las baterías de tierra y la guarnición entonces capituló. El príncipe de Darmstadt se quedó en Gibraltar con dos mil hombres, izó sobre el peñón la bandera británica y declaró la plaza una nueva conquista de Inglaterra.

Hicieronse algunas tentativas para que nos fuese restituído Gibraltar, pero todas fueron inútiles. Algunos años después de un suceso tan triste para nuestra patria, Felipe V era invitado á formar parte de la Cuádruple Alianza. La nación entera clamaba porque su rey no aceptase mientras Gibraltar estuviera bajo el dominio inglés. Obligado, pues, por el clamor general del país, puso Felipe como condición para formar parte de la alianza la devolución de aquella plaza.

Jorge I, rey á la sazón de Inglaterra, escribió al rey de España la carta siguiente, que es el ejemplo más elocuente y vivo de lo que valen las promesas de los reyes, ejemplo que los pueblos no debían borrar nunca de su memoria:

«Puesto que, gracias á la confianza que me dispensa V. M., puedo mirar los tratados existentes entre las dos naciones como restablecidos, y que en virtud de ello todas las órdenes para el comercio de mis súbditos las considero como expedidas, no vacilo en asegurar á V. M. que estoy pronto á complacerle en lo relativo á la restitución de Gibraltar, ofreciéndole que aprovecharé la primera ocasión favorable para terminar este asunto de acuerdo con mi Parlamento.»

No costó gran trabajo á Felipe dar crédito á esta carta, pues firmó la paz, desoso como estaba de asegurar cada vez más su trono.

La proposición de Jorge I excitó algun tanto los ánimos y encontró oposición en el Parlamento; retiró, pues, el rey su proposición remitiéndola para tiempo indefinido; hizo constar, como es costumbre, que había trabajado cuanto pudo por su parte para satisfacer los deseos de España; prorumpió Felipe en protestas y declamaciones que se llevó el viento, y las cosas siguieron en tal estado.

Durante el reinado de Carlos III, los españoles pusieron sitio á Gibraltar, pero nada pudo lograrse, pues tenían los ingleses la defensa bastante mejor preparada que la tuvo el gobierno de Felipe V.

Cuando la revolución de Setiembre de 1869 derribó á los Borbones, que fueron la causa de la sensible pérdida que todavía lloramos, parecía natural que el gobierno revolucionario hubiese trabajado con ahínco para que Gibraltar nos hubiese sido devuelta... y, ¿qué se ha hecho? Cuatro palabras sueltas y cuatro artículos en los periódicos, y aun es posible que nos excedamos en esta enumeración. Hasta en eso la revolución ha sido estéril.

¿En qué pensaron los hombres que se pusieron al frente del país? ¡En volver á levantar el trono derribado, y en impedir el triunfo de la justicia social, que es el triunfo de la República y de la democracia!

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

UNA BROMA DE CARNAVAL.

¡Oís! La música nos anuncia que en este edificio que se levanta á nuestro frente se rinde culto á Terpsicore; elegantes carretelas se detienen á su puerta y numerosas personas, vestidas con ricos y caprichosos trajes, penetran en el local.

Entremos nosotros también, ya que nos es posible hacerlo sin tarjeta y que podemos gozar del espectáculo en todos sus detalles sin necesidad de cambiar nuestros vestidos, ni experimentar las mil impertinencias ajenas á las diversiones de la alta sociedad.

¡Cuánta gente!
¡Cuánta variedad de trajes!
¡Cuánto barullo!

La vista se nos ofusca con tantas luces, con tanta riqueza, con tanta diversidad de colores; y aquel continuo vaiven y aquel ruido de múltiples voces, de gritos inarticulados y de carcajadas que ahogan el sonido de los instrumentos músicos, capaces son de producirnos vértigos si no procuramos desviar nuestra atención, si permanecemos más tiempo sufriendo los combates de la corriente, si no tomamos parte, en fin, en la algazara general.

Paseemos pues, recorramos ese intrincado laberinto de seres humanos, penetremos en todos los corros que las bulliciosas y vengativas máscaras vayan formando por medio de sus revelaciones y de sus chistes pícaros, y ya que hoy es el día en que por una extraña anomalía la humanidad se presenta tal como es y nos facilita la ocasión de estudiarla, observemos y estudiemos.

¡Qué ricas joyas! ¡Cuánto dinero improductivo! ¡No es verdad que con la riqueza estancada que aquí miramos se podrían evitar muchos crímenes que los tribunales de justicia con sus severos fallos no logran impedir?

Pero ¡quién se ocupa de miserias sociales en medio de tanta grandeza! Continuemos nuestro paseo y nuestras observaciones, que no es por cierto entre los que lo consumen todo donde mejor se piensa ¡en los que todo lo producen. Además, ¿no es este un día dedicado á Momo, y este lugar no está dedicado al placer? Pues riámonos, gocemos, y dejemos que se arreglen todos aquellos para quienes Dios ha reservado la suerte en el mundo de llorar y sufrir; ¿qué la importa á la gente de buen tono que haya quien se muera de hambre mientras ella derrocha? Cada cual tiene su misión sobre la tierra; ¡VIVA, PUÉS, EL CARNAVAL! ¡VIVA EL ORO! ¡VIVA EL DELEITE!

—¡Ah! ahí viene Cleopatra; ¡qué bella es...! ¡pero oís lo que la dice esta otra máscara? La pregunta si duerme ya su marido; ¿pues quién es aquel caballero que la lleva del brazo y tiene fijos sobre su rostro sus ojos hechos dos áscuas? Vamos, es preciso convenir en que le sienta perfectamente el papel de Cleopatra.

¡Bien por Roberto el diavolo! ¡Magnífico traje! Y ¡qué bien caracteriza está! Su pálido rostro indica que ha consagrado las noches al vino y al amor; y su mirada hosca, sus cabellos en desorden y su andar vacilante revelan que algún pesar le abruma; que alguna idea fija le domina. ¿Observais? No lleva collar, ni sortija, ni alhaja alguna de valor... Y

su aire meditabundo, que nada tiene de fingido; sus manos, que tantas veces registran los bolsillos de su traje; el poco caso que hace de cuanto le rodea... cualquiera diría que el disfraz está en armonía con su vida.

¡Calla! el banquero N. vestido de gitano... ¡Vaya una ocurrencia! Hé aquí un personaje que va disfrazado todo el año, excepto en los días de Carnaval.

Allí bajo veo tres ó cuatro lacayos, aun cuando en estos días es difícil distinguir lo que es disfraz; pareceme que á ningún cortesano se le puede ocurrir vestirse de servil; por lo tanto, bien podemos asegurar que no merecen que nos detengamos á examinarlos.

¿Qué es esto? Una máscara que lleva corona y manto real, y tiene el manto salpicado de sangre, sucio y roto, siendo así que el fleco es de oro macizo y que parecen de gran valor los diamantes engarzados en su corona;



FRANCISCO CUELLO.

mirad, trae en la mano una mordaza y un papel en el cinto. ¿Cómo se ha permitido la entrada á una figura tan grotesca y vestida con un traje tan mugriento? Pero ¡cosa extraña! aunque es indudable que pertenece al bello sexo, no puede vérsela el rostro, que trae cuidadosamente cubierto con su negro antifaz, y sin embargo, todos los caballeros corren detrás de ella, y su sola entrada en el salon ha hecho disolver cuantos grupos se habian formado.

Acercuémonos, que sin duda algo curioso se prepara.

¿Veis? Dos esclavos la presentan una especie de vasija de barro, sobre la que se apoya precipitadamente, cual si no pudiera sostenerse.

Aquella urna parece producir un efecto mágico entre todos los presentes; la gente se remolina á su alrededor; aquella extraña mujer parece adquirir fuerzas á su contacto; los más encopetados caballeros se convierten en andarines encargados de traer al corro cuantos varones se hallan en el local; y las damas se retiran silenciosas, cual si creyeran que allí no pueden estar.

La máscara que tanta perturbacion ha introducido en aquel lugar arroja una mirada á su alrededor y se sonríe de satisfaccion al ver el éxito que ha obtenido á la simple vista de la urna, y tiende su mano á todos los caballeros que se presentan á saludarla, los cuales la estrechan con efusion. Sin embargo, en medio de tanto cortesano ávido de recibir una muestra de amistad de aquella extravagante dama, se ve un pequeño grupo, compuesto de máscaras de abigarrados colores, pugnando por apartarse de la urna y romper el círculo que les rodea, que los estrecha y que les empuja.

Todas las miradas se fijan en aquel grupo, y muchos máscaras que iban á enlazar su mano con la de la dama se detienen en medio de su camino, esperando sin duda el resultado de los esfuerzos de los que luchan por romper el círculo.

La dama palidece, los llama con voz insegura, y en vano procura ocultar la emociion que aquello la produce; un temblor convulsivo la agita, sus piernas la flaquean, y es indudable que si el pequeño grupo triunfa caerá exánime en el suelo.

De pronto un hombre de edad madura, vestido de loco, que lleva encima de su traje numerosas condecoraciones, sale del círculo seguido de algunos chambelanes y dice rápidamente algunas palabras al oído de la dama. Esta hace un esfuerzo sobre sí misma, y soltando una estridente carcajada exclama dirigiéndose á tres máscaras, que son los que mayores esfuerzos hacen para salir de aquel sitio:

—¡Vaya un terceto! *La Discusion*, un guerrero armado de punta en blanco y un andaluz rechoncho que se ha olvidado de ponerse un nido de pájaros en la cabeza; y ¡os creéis que con estos trajes tan caprichosos lograréis trair mis propósitos? ¡Qué equivocados vais! el andaluz tiene ya pasada su época, y poco me ha de costar lograr que el público se ría cada vez que él se ponga grave; respecto á los otros dos se convertirán en estafieros en cuanto les aplique la mordaza.

—Lo veremos, dijo el andaluz amoscado; que no se ha de decir de mí que no tengo fuerzas bastantes para detener al borde del precipicio á cuantos millones de amigos míos vinieran á tirarse.

—Ilusiones engañosas, replica la dama; créeme Colás, déjate de tonterías, dame la mano y cántanos una malagueña; el público te oirá, te aplaudirá, adquirirás renombre y esto te proporcionará mucho dinero, que bien lo necesitas.

—¡Qué! eso son cosas pequeñas para un hombre tan grande como yo; yo soy un hombre muy honrado y no quiero que mis amigos se pierdan, vamos.

—Ja, ja, ja! honrado, fepite la dama riendo, honrado; qué más honrado que Estanislao, que lleva treinta años de sacrificarse por sus amigos, y sin embargo hoy que huye de mí ya tratan estos de abandonarlo. Desengáñate; yo tengo honores para repartir, fortunas para regalar, y puedo dar gloria á quien esté hambriento de ella; ¡quién, pues, será el osado á disputarme el paso?

—Yo, exclama con arrogancia el Marte; yo, que enseñaré á los ilusos que contigo solo se va á perder tiempo, salud y dinero; yo, que revelaré tus farsas; yo, en fin, que recordaré las víctimas que has causado, las veces que has roto tu palabra, las arteras promesas que en tantas ocasiones nos has hecho, los engaños de que te vales, y por último, mostraré á los asustadizos que toda tu fuerza estriba en esta urna, es decir, que no tienes más fuerza que la que nosotros inconscientemente te prestamos.

—Y quién creará tus palabras? ¿Olvidas que cuanto puedas decir tú lo saben por experiencia tantos cuantos adoradores tengo, y no obstante besan mis manos y se amparan de mí tanto?

—Somos muchos, contesta *La Discusion*, los que estamos ya desengañados; niña, ¿ves esos frailes? Todos trabajan para que se rompa la urna en la cual te apoyas; créeme, la época del *magister dixit* ya ha pasado; los que como yo piensan no abdicarán de su modo de ver porque hayan hablado tales ó cuales santones, y mal que te pese verás proclamado de hecho el retraimiento por la gran mayoría de los que tantas veces has embaucado, y con ellos se verán forzados á abandonarte hasta los que más fácilmente se dejan seducir por tus palabras.

—¡Qué necio eres! contesta la dama; lo que á los frailes conviene es que se gaste vuestro sistema, que hoy sean veinte los que nombren á quien ha de adorarme, y mañana no más diez, y el pasado cinco, hasta que hayais de confesar que el sufragio universal es impracticable.

Por última vez os digo, creedme, inútiles son vuestros esfuerzos; nadie más os ayudará en vuestro leal empeño, porque á nadie individualmente le conviene; es por demás que trateis de alterar la marcha natural de los acontecimientos; todos vendrán á mí, y mientras exhalarán sus plañideras quejas los unos, y los otros sus cantos de amor, yo, á los que de radicales blasonan, les quitaré una á una cuantas armas contra mí pueden hoy blandir.

Vámonos, lectores míos, retirémonos á casa, que el fin de esta escena es ya para visto; entre los que se cobijarán bajo el manto de la tapada, que supongo habreis conocido ya; entre los que lucharán por hacerlo y la turba de esclavos que, á no dudarlo, se presentará atropellando á todo el que encuentre en su camino, se

armará tal zambra y tal jaleo; que habrá cada empuje, pistón y porrazo, capaces de hacer reventar de risa á la que saborea ya de anemano el fruto de sus travesuras. Seamos prudentes; basta de farsas y de aspavientos; marchémonos á rehacer nuestras fuerzas, que muy en breve las necesitaremos para hacer algo mejor que una broma de Carnaval.

ARTURO GUARDIOLA.

LEYENDAS POPULARES.

Efectos de las bebidas fermentadas.

Los datos estadísticos recientemente publicados de Suiza, Inglaterra, Estados-Unidos y Francia acerca de la embriaguez y sus consecuencias ulteriores en el organismo humano, nos han puesto hoy en el caso de consignar cuatro líneas y hacer algunas ligeras observaciones sobre hábito tan repugnante y asqueroso.

Cincuenta mil hombres mata anualmente la embriaguez en la segunda de estas naciones; solo la población ornerala de Amiens (Francia) consume diariamente 36.000 copas de aguardiente. De 165.759 muertes accidentales ocurridas en veintitres años en la nación vecina (de 1835 á 1858) 5.757 no pudieron atribuirse á otra cosa que á la borrachez; esto es horroroso.

La embriaguez, como todo vicio que affige á la sociedad, es altamente perjudicial á la salud, y da al que lo ejecuta una cualidad en extremo repugnante. Sus efectos primitivos son inmediatamente sentidos en todo el cuerpo en general, principiando su accion estimulante difusiva en el estómago, de donde se irradia á las demás partes, fijando su residencia, digámoslo así, en el centro del sistema nervioso; en el cerebro.

Nada más frecuente que ver á esos seres desgraciados (pues no otro nombre puede dárseles) enconagados en los placeres de Baco, ir perdiendo poco á poco y de un modo lento y progresivo lo que tanto trabajo cuesta adquirir una vez perdida; la salud. Embotada la sensibilidad de su estómago por el contacto repetido de los alcohólicos, repugnanle toda clase de alimentos sólidos á consecuencia de haber perdido este órgano toda fuerza vital, bajo cuya influencia tiene lugar la digestion; tomando pocas sustancias alimenticias, y preso su organismo por una saturacion alcohólica, los caracteres físicos decaen, la palidez y la demacracion no tardan en asomar al rostro, las facultades intelectuales, si bien tienen momentos de lucidez, debido al estímulo de la bebida, muy pronto pierden este aplomo fisiológico, hasta que concluyen por desaparecer completamente, dando al individuo un aspecto particular *sui generis*, que no puede confundirse con ningún otro.

¡Cuán desgraciada es la vida de esos miserables que, abandonando los sagrados deberes de sus familias, rinden culto á un hábito que pronto ha de convertirse en verdugo de su existencia! Un naturalista francés, hablando de la embriaguez, dice que el cuerpo del hombre que se dedica al uso inmoderado de las bebidas fermentadas es igual á un brasero lleno de combustible, al cual se le está removiendo á cada instante á fin de que produzca gran cantidad de calorico; el calor es

verdad que se repite con frecuencia suma, pero tambien lo es que sus efectos caloríferos van decreciendo hasta que concluye rápidamente por presentar solo los residuos frios de la combustion, la ceniza. ¿Sucederia lo mismo colocando los carbonos encendidos del mismo brasero envueltos ó cubiertos debidamente con ceniza, pero sin tocarlos para nada?

Indudablemente que no; la combustion favorecida y preparada de esa manera irradiaria por mucho tiempo el calor sin que este perdiera sensiblemente su influencia calorífica. ¡¡Admirable comparacion!! El cuerpo del hombre ébrio se ve estimulado continuamente y hasta parece que goza más vida que los demás si atendemos solo á su aspecto exterior, pero ese exceso de animacion concluye por aniquilarle y matarle, como se aniquila y se apaga el carbon de un brasero cuando se le toca y remueve con frecuencia: en fin, nada tendria de particular que el borracho se viera acometido de uno de esos actos de desesperacion en que su cuerpo sirve de pasto á una combustion espontánea desarrollada en sí mismo á beneficio de los vapores alcohólicos.

La borrachez hace caer al hombre ó en frenesí ó en estupor, segun los climas, segun la constitucion de los individuos y segun la cantidad y naturaleza de la bebida. Los aguardientes son fatales; la embriaguez causada por el vino es más alegre, pero ménos dañosa, tanto para el borracho como para los circunstantes. La intemperancia y aun el uso moderado, pero habitual, de los licores, es una causa poderosísima de enfermedades del estómago, de neurosis ó afecciones del sistema nervioso, parálisis, enajenaciones mentales, etc., etc.

En efecto, Tomás Jefferson, uno de los mejores administradores que han producido los Estados-Unidos, y el tercer presidente de su gobierno federal, decia algunas veces á sus amigos: «El hábito de beber licores en los empleados, ha perjudica do más al servicio público y me ha suscitado más obstáculos que otra cualquiera circunstantia; así es que ahora que la experiencia me ha enseñado, si volviera á empezar mi administracion, la primera pregunta que haria á todo pretendiente ó aspirante á empleos ó cargos públicos, seria: ¿Sois aficionado á las bebidas espirituosas?»

Separemos por un momento á esos infelices del anchuroso campo de la higiene, y coloquemos en tan deplorable estado en el seno del hogar doméstico. ¡Qué cuadros tan lúgubres! ¡Qué actos tan denigrantes! ¿Dónde están las afecciones? ¿Qué se ha hecho de la tranquilidad y sosiego de aquella familia? ¿Qué resultados ofrecen las caricias de sus hijos? ¿Qué las lágrimas de su inseparable esposa, que llora amargamente el extravío de su marido? No busques nada; todo se ha perdido; todo le es indiferente; aquel hombre no es hombre, es una cosa que se mueve automáticamente y sin direccion fija, cual hace una máquina movida por un resorte; la vida entonces es inferior á la del zoófito; no siente, ni piensa, ni quiere; no tiene voluntad propia; es, en fin, un sér desgraciado que merece compasion; ¡es que compasion merece el hombre que á sabiendas ataca tan directamente contra su vida!

Los reverses de la fortuna, la perversion que en el gusto ocasionan ciertas enfermedades, la influencia del ejemplo y la trasmision hereditaria son, entre otras mil

que pudiéramos citar, las causas atendibles de este hábito por desgracia tan arraigado.

¿De qué manera se atajará ese asqueroso vicio? Responda por nosotros la historia, y nos dará medios preventivos y correctivos usados en varias naciones. Por su relato veremos que la borrachez es muy antigua, y que ciertamente no se ha escaseado el rigor para contenerla.

Entre los judíos nada decía la ley respecto de la embriaguez; eran aquellos naturalmente sóbrios, y aun tienen tal aversión á semejante vicio, que es muy raro que alguno se entregue á él.

Entre los atenienses, Dracon castigaba la embriaguez con pena de muerte. Licurgo, en Esparta, mandó arrancar todas las cepas. Pitaco, rey de Mitilene, castigaba con pena doble los delitos cometidos en estado de embriaguez; y por último, en Suecia las leyes contra la embriaguez son muy severas y crueles.

En vista, pues, de lo que precede, ¿á quién toca interponer su influencia para que estos actos no se repitan, ó no tengan lugar en los pueblos que se pagan de cultos é instruidos? El municipio, padre encargado de velar por los intereses morales y materiales de esa gran familia que constituyen los individuos de una población, tiene el deber, el imprescindible deber de procurar á la misma todo aquello que sus necesidades reclamen. La instrucción bajo todas sus fases y aspectos; la creación de centros de enseñanza gratuita para las clases obreras, en quienes por desgracia es más frecuente este vicio por el olvido en que se les tiene sumidas, son entre otros medios los que urgen poner en práctica con energía. Separemos á ese pueblo, que hasta hace poco se ha considerado como un pária é incapaz de recibir instrucción, de esos focos de corrupción donde consume sin provecho casi la mayor parte del producto de su trabajo diario, y en vez de dirigirse á la taberna vaya á educarse al sagrado templo de la ciencia, y respirando en él la sana atmósfera de la virtud, de la moralidad y de la ilustración; tendremos dentro de poco tiempo hijos obedientes, esposos cariñosos y honrados ciudadanos.

Por último, concluyamos diciendo que contraer el vicio de embriagarse es renunciar á todos los derechos civiles y políticos; es dimitir la potestad paterna; es abjurar el respeto filial; es insultar todas las afecciones y simpatías que el hombre pueda merecer; es, en fin, degradar la más magnífica de las creaciones del Omnipotente.

VICENTE JORGE.

ACUEDUCTO DE MÉRIDA.

Segun Moreno de Vargas, historiador de Mérida, tienen los arcos que se conservan hoy muy cerca de 33 varas, como lo confirma Ponz en su *Viaje de España*, siendo su construcción de piedra de grano y ladrillo: «La materia de estos edificios—los acueductos—segun Esquivel y Morales, es un fortísimo argamasa, cubierto en lo exterior con hiladas de ladrillo cocido y de cantería almohadillada, cuyas piedras son de un tamaño prodigioso.»

No era solamente este acueducto, que venia desde la Albuera hasta Mérida, y al cual pertenecen las ruinas de nuestro grabado, el único destinado á proveer de agua á la ciudad augusta, pues otros que venian de los manantiales cercanos completaban la gran obra de los engrandecedores de Emerica.

Esas inmensas moles é interminables hileras de arcos—dice un erudito escritor—que unian la sierra al valle, el valle á la hondata; esas triples y cuadradas órdenes de arcadas por donde pasaba cristalina, brillante, pura, el agua que habia de llenar las fuentes públicas; ese costoso método que solo pudo inventarlo un pueblo que como el romano á todo se atrevia; esas obras gigantes que desafían el rigor del tiempo y el furor del hombre, son demasiado notables para no consignarlas aquí un recuerdo de justa admiración.

En tiempo de Moreno Vargas se conservaba aun la caja ó depósito en donde se encerraba el agua para repartirla despues á los molinos de la ciudad, pues los romanos quisieron dar una muestra de su grandeza haciendo que las aguas de la Albuera, que servian para dar movimiento á los molinos que surtian de harina á Mérida, viesen á esta y moliesen el trigo dentro de la misma ciudad, evitando el penoso viaje á la laguna.

Las cañerías tienen tres pies de ancho y aun más de alto, y segun está autor: «Así mismo el residuo desta agua servia para batanes, tintoreros y zurradores, porque del mismo acueducto se conoce era tan copiosa, que habia para esto y para regar sus jardines.»

Para terminar, diremos que la antigua Emerica *Augusta*, encerraba dentro de sus murallas toda la vida, la civilización, los monumentos y el lujo que la mollicie romana habia llevado con sus águilas vencedoras á los más opuestos confines de la tierra.

LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1795.

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuación.)

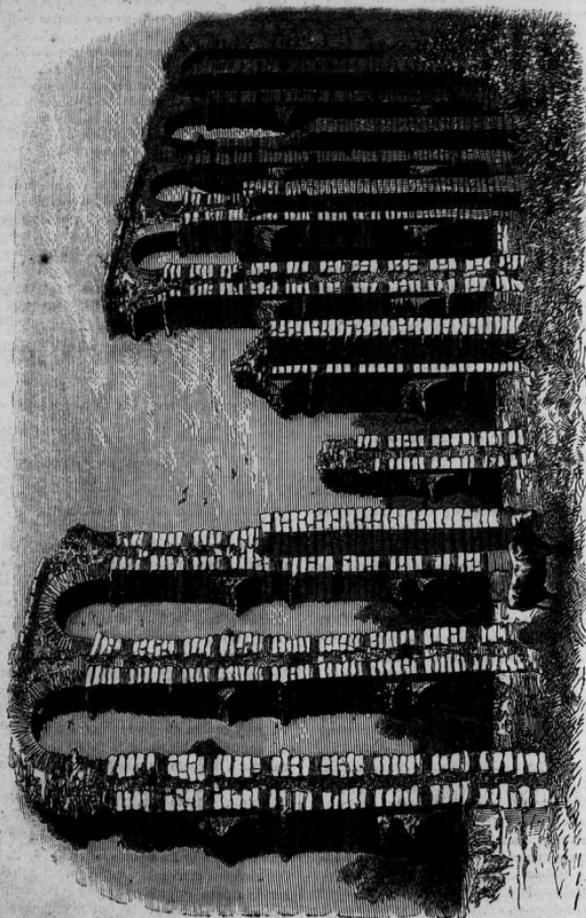
Mi tio rompió la faja del periódico y empezó á leer las noticias. Aunque yo era muy jóven entonces, conservo el recuerdo; el periódico se parecia á las predicciones del manser y me inspiraba profundo interés. El viejo *Zeitblatt* trataba á los republicanos de locos, que se habian propuesto alterar las leyes eternas de la naturaleza. Al principio del artículo recordaba la manera terrible con que Júpiter derribó á los Titanes sublevados contra su trono, aplastándoles bajo montañas, de modo que aquellos desgraciados vomitaban desde entonces fuego y ceniza en sus sepulcros del Vesubio y del Etna. En seguida hablaba de la fundición de campanas, arrancadas al culto de nuestros padres para convertirías en cañones, profanación la más grande que se podia imaginar, puesto que lo que debia contribuir á la vida del alma estaba ahora destinado á matar al cuerpo.

Decia también que los asignados nada valían, y muy pronto, cuando los nobles volviesen á sus palacios y los frailes á sus conventos, aquel papel sin hipoteca solo serviria para encender fuego en las cocinas. Por caridad advertia á las gentes que lo rechazasen á cualquier precio.

Despues de esto venia la lista de las ejecuciones capitales, y desgraciadamente era larga; así es que el *Zeitblatt* aseguraba que los republicanos habian desmentido el proverbio de que un lobo no muerde á otro.

En fin, burlábase de la pretendida nueva era republicana, en la que los meses se llamaban Vendimiario, Brumario, Frimario, Nivoso, Pluvioso, etc. Decía que aquellos locos pretendían cambiar el curso de los astros

é invertir las estaciones, de modo que no se sabía cuándo se había de sembrar ó segar; que esto no tenía sentido comun, y que todos los campesinos de Francia estaban indignados.



ACUEDUCTO DE MÉRIDA.

Así se expresaba el *Zeitblatt*.

Koffel y el mauser se miraban de tiempo en tiempo durante la lectura; la señora Teresa y maese Schmitt estaban pensativos; nadie hablaba. Mi tío continuaba leyendo, deteniéndose un segundo al comenzar los pá-

rafos, y el reloj continuaba su eterno y monótono tic-tac.

Al final se hablaba de la guerra de la Vendée, de la toma de Lyon, de la invasión de la Alsacia por Wurmser y de la batalla de Kaiserslautern; en la que aque-

los famosos republicanos habían huido como liebres, y terminaba con estas palabras de Jeremías, que dirigía al pueblo francés: «Tu malicia te castigará, tus infidelidades volverán á apoderarse de tí, volverás á recibir el yugo y se anudarán tus rotos lazos para que sepas es cosa amarga abandonar al Eterno, tu Dios.»

Mi tío dijo entonces el periódico y dijo:

—¿Qué hemos de pensar de todo esto? Diariamente se nos dice que va á desaparecer la República; hace seis meses estaba invadida por todas partes, las tres cuartas partes de sus provincias se habían sublevado contra ella, la Vendée había obtenido grandes victorias y nosotros también; ahora nos ha rechazado casi por todas partes; hace frente á la Europa, cosa que no podría realizar una gran monarquía; ya no estamos en el corazón de sus provincias, sino en las fronteras; avanza hacia nosotros y nos dicen que va á perecer! Si no fuese el sabio doctor Zacarías quien escribe estas cosas, tendría graves dudas sobre su probidad.

—Tal vez, señor doctor, contestó la señora Teresa, ese sábio señor verá las cosas segun las desea; esto sucede con frecuencia, y en nada disminuye la probidad de las personas; no quieren engañar, pero se engañan á sí mismas.

—Por mi parte, dijo maese Schmitt levantándose, lo único que sé es que los soldados republicanos se baten bien, y que si los franceses tienen trescientos ó cuatrocientos mil como los que he visto, temo más por nosotros que por ellos. Esta es mi opinion. En cuanto á ese Júpiter que mete á los gigantes en el Vesuvio para hacerle vomitar fuego, será una batería de nuevo género que no conozco y que quisiera ver.

—Y yo opino, dijo el mauser, que ese doctor Zacarías no sabe lo que dice; si en lugar suyo redactara yo el periódico, lo haría de otro modo.

Inclinóse al brasero para coger lumbre y encendió la pipa. El viejo Schmitt le imitó, y como había cerrado la noche, salieron juntos y detrás Koffel, estrechando la mano á mi tío y saludando á la señora Teresa.

XIII.

Al día siguiente se ocupó ya la señora Teresa de los cuidados caseros; recorrió los armarios, desdobló los manteles, servilletas, camisas y toda la antigua lencería, amarillenta por el tiempo y guardada desde la muerte de la abuela; separaba la que podía utilizarse aun, mientras Lisbeth preparaba el tonel lleno de ceniza y hervía el agua para la colada. En los días siguientes lavaron, secaron y repasaron todo aquello.

La señora Teresa no tenía igual para los trabajos de aguja. Aquella mujer que parecia no servir más que para distribuir copas de «guardiente y marchar en un carro detrás de un grupo de descamisados, sabia más de cosas domésticas que la comadre más hábil de Anstatt. Ella introdujo en el pueblo el arte de bordar al feston y marcar en rojo la ropa blanca, cosas completamente ignoradas hasta entonces en la montaña, y que demuestran cómo propagan las luces las grandes revoluciones.

Además, la señora Teresa ayudaba á Lisbeth en la cocina, sin molestarla, sabiendo que los criados vie-

jos no pueden sufrir que les alteren sus costumbres.

—¿Cómo cambian las ideas, señora Teresa! le decía Lisbeth algunas veces; en los primeros días no podía sufriros á causa de vuestra República, y si partiérais ahora, creería que se marchaba toda la casa y que no podríamos vivir sin vos.

—¡Si! contestaba sonriendo; es muy sencillo, cada cual tiene sus costumbres; no me conociais y os inspiraba desconfianza; cualquiera hubiese pensado lo mismo en vuestro caso.

En seguida añadió tristemente:

—Y sin embargo, habré de partir, Lisbeth; mi pueblo no es este; otros cuidados me llaman.

Pensaba en su batallon, y cuando exclama Lisbeth:

—¡Bah! os quedareis con nosotros; ya no podeis abandonaros. Debeis saber que os aprecian mucho en el pueblo, y que las personas honradas os respetan. Dejad vuestros descamisados; una mujer buena no debe pasar la vida recibiendo balazos y golpes detrás de los soldados. No os dejaremos partir.

Oyendo esto movía la cabeza y conociamos que un día ú otro diría: «¡Me marchó! y nadie podría detenerla.

(Se continuará.)

REVISTA GENERAL.

Hágase la luz... exclamó en un momento felizmente venturoso para la humanidad y solemnemente grande para la historia un hombre tan modesto como sábio, tan desdichado como grande, cuyo nombre será pronunciado siempre con respetuosa admiración y recordado con justificado orgullo por el noble suelo que le vió nacer, y la *luz se hizo* para alumbrar con ella á todas las generaciones venideras.

Hágase un partido conservador, ha gritado en un instante, bien crítico por cierto, casi decisivo para su presente y amenazador para su porvenir, un hombre cuya memoria y cuyo nombre vivirán unidos á dolorosos y quizás sangrientos recuerdos en la historia del pueblo español, de este pueblo tan desgraciado como heroico, tan valeroso como oprimido. *Hágase un partido conservador*, y el partido conservador *se hizo* por la soberana voluntad de ese hombre extraño, incomprendible é irresponsable.

Meditemos.

Si el partido conservador ha tenido que *hacerse*, es prueba clara de que no existia, y en este caso, ¿dónde están los conservadores y qué conservadores son estos, que despues de cincuenta años (desde el 20 al '72) no han podido formar un partido y han engañado al país y á las clases que les apoyaban, mintiendo lo que no eran y dando vida á un fantasma, á un mito, á una sombra?

Si ese partido no existia, ¿cómo tan descaradamente mintieron los realistas á su amo, diciendo que á él pertenecían los gabinetes Malcampo y Sagasta?

Y si no existia y era preciso *crearlos*, segun la expresion y la voluntad de D. Amadeo, ¿cómo, de qué manera y por qué procedimientos se crean y nacen los parti-

dos, sin bandera, sin principios y sin representación tan solo, porque un hombre lo ordena?

Y por último, ¿cómo D. Amadeo, puesto que *sucita* con la idea de tener dos partidos, uno radical y otro conservador, para que *turnen* horrible sarcasmo en el poder; cómo, repetimos, no ha entregado las riendas del poder al partido radical, que tenía vida propia y principios claros y definidos, siquiera no hubiera sido más que el tiempo necesario para que las diferentes agrupaciones reaccionarias llegaran á formar el tan deseado partido *conservador*?

Ya lo habeis visto, radicales: el *ídolo* que vosotros elevásteis, á quien tantas alabanzas dirigisteis llenándole de humo, incienso, gloria y aplauso, os olvida y escarnece: no os quejeis ahora de doña Isabel de Borbon; aquella declaró solemnemente que antes el trono que los progresistas, y cumplió su promesa y jamás os llamó á su real cámara; pero vuestro *ídolo* os llama, os consulta, os hace concebir esperanzas, os obliga á dormir con el frac puesto y los guantes calzados, y despues os arroja al panteón del olvido ú os quiebra entre sus manos como una débil caña.

Radicales, vuestra última esperanza es el pueblo, vuestro solo camino la revolucion, vuestra única esperanza la República.

Pasemos á ocuparnos de la circular del primer gabinete del nuevo partido *constitucional*, pomposo y retumbante título con que se ha *revocado* al antiguo partido moderado, compuesto de trásfugas y reaccionarios de todos matices y escuelas; y para que todo sea raro en este *raro engendro*, conviene advertir que, aunque la firma Sagasta, está escrita por Romero Robledo, el imponderable *pollo antequerano*, que al fin se salió con la suya ocupando una poltrona.

La circular es un contrasentido perpétuo, una negación seguida de una afirmación; es, en fin, una quiscosa extraña, insulsa y repugnante: hé aquí la prueba:

«Defenderemos las instituciones con *templanza*, *si*, pero con *resolucion y energia*.»

¿No les parece á nuestros lectores que esto de la *templanza energia* es una cosa que no tiene precio?

«Nuestra diversidad de procedencias no arguye *diversidad* de doctrinas ni de tendencias.»

¿Con que lo *diverso* no es *tendenz*?

Declaramos solemnemente que no lo entendemos, y desistimos de seguir tratando de esa circular de Carnaval con que el Sr. Sagasta quiere embromar á nuestro desdichado país.

Por aquello de que no hay dicha completa, algunos voluntarios manifestaron al alcalde popular y comandante general de la Milicia sus temores de verse desarmados por el nuevo y liberal gobierno que nos rige, y el marqués de Sardoal, despues de convocar á junta á los comandantes de todos los batallones, se presentó á conferencia con el Sr. Sagasta al frente de una comisión de estos, y ante la cual declaró el antiguo director de *La Iberia* que nada intentaba contra la Milicia, que él era y había sido siempre *progresista*, y que todo aquel que se atreviera á llamarle *conservador* le calumniaba.

La comisión salió muy contenta, y Sardoal, que no se duerme en las pajas, hizo levantar un acta solemne, firmada por todos los comandantes, la cual ha presentado á D. Amadeo.

Ahora bien; como D. Amadeo ordenó á Sagasta la formación del partido *conservador*, ¿cómo este, contra su expreso mandato, se atreve á titularse *progresista*, añadiendo que le insulta todo aquel que le llame *conservador*?

Con motivo, pues, de este nuevo y gravísimo acontecimiento, parece que D. Amadeo ha exigido á Sagasta que se retracte, como así se disponia á hacerlo. ¿Cabe mayor cinismo?

Pueblo español, procura que el huracan revolucionario limpie la atmósfera pestilenta en que te han envuelto, si no quieres morir asfixiado por tan repugnantes miasmas.

La Tertulia progresista ha excluido por unanimidad á Sagasta y compañeros: esto prueba que en este país aun no se han perdido por completo el pudor y la dignidad.

Segun *El Universal*, este ministerio es *transitorio* y oculta á Serrano con un gabinete de *fuerza*. ¿De fuerza, eh? Por fuerza sí que creemos que el uno y el otro no han de tardar mucho en abandonar el poder, y el país quizás.

Tenemos el sentimiento de noticiar á nuestros lectores que el *derecho de asociacion* ha fallecido á manos de un juez de Valencia, que ha penetrado en el salon de reuniones de los *internacionales*, llevándose hasta los papeles que estaban fijados en la pared; ni su repentino fallecimiento ni la conducta del juez nos han sorprendido; lo que nos ha extrañado y mucho es cómo no se han llevado las paredes y el edificio, sujetándolos á una causa criminal por anti-dinásticos y perturbadores.

Nuevamente la sangre francesa ha manchado aquel noble suelo: tres infelices, acusados del asesinato de los generales Lecomte y Tomas, han sido ejecutados.

Se han hecho proposiciones al gobierno francés para crear obligaciones internacionales, emitidas y cotizadas en Europa y América, para acelerar la evacuación del territorio.

Ha sido preso en Berlin un polaco por sospechas de haber querido asesinar al conde de Bismarck; sin duda el *gran político* alemán echaba de ménos un golpe trágico que le colocara al nivel de los grandes hombres, cuya vida está siempre amenazada, y ha inventado esta farsa ridícula y despreciable.

Cárls Dilke ha anunciado en la Cámara de los comunes una proposición para el 20 de Marzo sobre la lista civil.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1672.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 37.